

JOSÉ GARCÍA ROMÁN

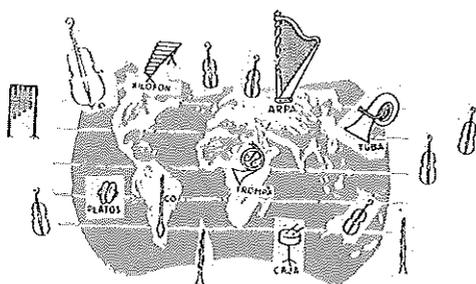


Una Orquesta de Granada para el mundo

*DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO ACADÉMICO
CELEBRADO EL DÍA 4 DE DICIEMBRE DE 1997
CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LA MEDALLA
DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE GRANADA
A LA ORQUESTA CIUDAD DE GRANADA*

GRANADA
MCMXCVII

JOSÉ GARCÍA ROMÁN



Una Orquesta de Granada para el mundo

*DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO ACADÉMICO
CELEBRADO EL DÍA 4 DE DICIEMBRE DE 1997
CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LA MEDALLA
DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE GRANADA
A LA ORQUESTA CIUDAD DE GRANADA*

GRANADA
MCMXCVII

nº7

DOCUMENTOS DE LA FUNDACIÓN
CAJA DE GRANADA

Edita: Fundación Caja de Granada

© José García Román
Fundación Caja de Granada

Depósito Legal: Gr-1.345/97

Diseño y viñeta de portada: Valentín Albardíaz

Imprime: La Gráfica, S.C.And., Granada.

UNA ORQUESTA DE GRANADA PARA EL MUNDO

Sr. Presidente,
Autoridades,
Sra. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

En la sociedad existe una crisis perpetua de fe en los valores próximos a la utopía, esos valores que hacen decir a algunas personas: “nunca me he mudado de la casa que elegí para vivir con mis principios, en compañía de la coherencia, a pesar de las grandes ofertas y rebajas de cada temporada”. De esta crisis de fe no se libran los que se dedican a la política, que aunque impulsados por los fervores de unos credos cuyas esencias hablan de altruismo y de servicio, frecuentemente adaptan sus decálogos a las circunstancias cotidianas originadas por los deseos de gran cantidad de gente –las masas, la mayoría natural– que insiste en reclamar pan y circo; pan y circo refinados, pero pan y circo a la postre. A veces, desde esta ordenación de actitudes vitales, los que ejercen legítimamente el poder se ven arrastrados por el conchuyente y para ellos irrefutable argumento de “la sociedad demanda”, perdiéndose de vista que dicha sociedad está compuesta de ciudadanos que, seamos sinceros, por desgracia no son los que reivindican los apoyos a los nombres, obras, escritos y pensamiento más elevados, a pesar de que será lo

que perdurará *per saecula saeculorum*, como un bronce que retará a los óxidos más despiadados del olvido. Óxidos que siempre estarán dispuestos a destruir las huellas de cualquier memoria aunque aún no haya sido entregada a la cal viva, a la fosa o al crematorio, como nos recuerda Stendhal en carta de fecha 5 de abril de 1808, dirigida a un amigo que se interesaba por su amado Haydn cercano a la muerte: "... ese hombre raro cuyo nombre ilumina con tan gran resplandor el templo de la armonía, vive aún, pero el artista ya no existe", ilustrándonos con la siguiente cita de Tasso: "*Cadono le cità, cadono i regni...*".

Si partiésemos de una sociedad que realmente hablara desde la solidaridad, y si el administrador de la *cosa pública* fuera como el cobre, natural transmisor de energía, lo que realmente deberíamos oír serían gritos desgarradores demandando justicia, equidad, austeridad y rectitud. Es decir: el deseo de que todos puedan tener acceso a una vida confortable y a un disfrute del bienestar con mesura, repudiando a cambio el lujo y el despilfarro, auténticos responsables de los desequilibrios sociales. Como escribiera Aristóteles, "los hombres no han establecido la sociedad solamente para vivir, sino para vivir felices". La sociedad, si de verdad fuera justa y no se vistiera a diario con finas hipocresías, exigiría un mayor y mejor equilibrio en el reparto de las riquezas, y anhelaría una auténtica libertad, sin las cadenas de las privaciones más elementales y con un horizonte de expectación dibujado con el supremo lápiz de la Ilustración, porque como dijera Unamuno, "la libertad es un bien común, y mientras no participen todos de ella, no serán libres los que se creen tales".

Pero esta sociedad vive en contradicción como tantos que se dicen creyentes que a diario van a entregar la ofrenda sin abrir antes las puertas de su corazón de par en par y dar

en carne viva el abrazo al hermano domeñado y envilecido, confundiendo la cruz con una bayoneta, el amor con el odio, lo auténtico con lo ritual y el anverso con el reverso. Puesto que necesitamos creer, cuando no se encuentran verdades en que creer, o no estamos dispuestos a asumir el riesgo del vacío de la atracción que genera todo compromiso radical, tenemos que creer en mentiras, al decir de Larra. Lo vemos en la calle por la que transita cada cual con la música de sus preferencias y con paso ligero, con prisa para llegar cuanto antes al templo de las supuestas creencias con el fin de besar la peana del modelo y allí extasiarse en visiones de ambiciones fantásticas lejos de una hidalguía generosa.

Por ello, el acto de gobierno y la toma de decisiones se han de entender desde la fuerza que genera el compromiso con uno mismo y con los demás, aceptando el riesgo de perder como tantos han perdido bastantes carreras en la vida. Y todo dicho y hecho desde una ilustración ajena al despotismo y a la arbitrariedad, y en convivencia con la exigencia y flexible intransigencia más absolutas. Y hemos de reconocer que con frecuencia sentimos rubor ante las medidas y acuerdos que se adoptan pues vulneran los principios básicos de una sociedad que debe estar en desacuerdo con el secuestro de dineros que son necesarios para una supervivencia más agradable de una parte de la población que inexorablemente llegará tarde a coger el único tren de su vida, quedándose en la estación viendo cómo pasan y se alejan otros de alta velocidad en busca de horizontes plenos de ilusiones y esperanzas.

Da que pensar que grandísima parte del gran legado artístico y cultural de la Humanidad haya sido hecho a costa del sudor, hambre y miseria de mucha gente. Mientras se moría la población a chorros en el abandono más cruel, los arquitectos, los músicos, los pintores, los literatos estaban

junto a los mecenas y gobernantes que construían catedrales, palacios, teatros, mansiones y jardines, rodeados de lujos, de bellezas femeninas y masculinas, de hermosas armonías, exquisitos manjares y perfumes, mimados por una deidad confortable junto a la que se sentaban sus *Serenísimas* todos los días, a la caída de la tarde, a su derecha como mandaban los cánones, para disfrutar de sus actos protectores creativos y dar gracias al cielo por sus bondades, jugando a la imitación del Dios bíblico cuando en el Génesis en el declive de la jornada se complacía. Ahora nos estremecemos al contemplar la magnífica e imponente belleza de las ruinas del Partenón o del Coliseo, los Palacios de la Alhambra o la Capilla Sixtina, el Palacio de Carlos V o la Catedral, o los miles de lienzos y esculturas que zarandean las fibras más íntimas de nuestra sensibilidad, quedando aplastada en esta fiesta de la belleza la memoria de las lágrimas, de los extertores y sufrimientos de tantos seres. Esto es algo que nos debe inquietar. Como nos inquietan los desfiles y ostentaciones de poder y riqueza, la exhibición de boatos y lujos de bodas y galas de todo tipo, y su contemplación a través de la pantalla o detrás de las frágiles vallas del orden.

Cuando reflexiono sobre estos asuntos, me acuerdo del artículo ‘Socialismo y Arte’, escrito por Miguel de Unamuno y publicado en el periódico de Bilbao ‘La lucha de clases’ el 1 de febrero de 1896, sobre todo cuando dice lo siguiente: “El que en una noche de invierno, mientras se hielan de frío en la calle los pobres niños abandonados, se mete en una estancia cómoda a hacer música clásica, por ejemplo, es incapaz de sentir la música, porque vive sordo a las tremendas disonancias sociales”. No suena esta frase a vieja. Es muy actual y admite bastantes interpretaciones fascinantes y sobrecogedoras. Miremos si no a nuestro alrededor, cuando estemos en la parada del autobús, en el supermercado, o

cuando paseemos nuestra inmunidad por las calles más vistosas o por las callejas más deprimidas. Seguro que oiremos las grandes disonancias de nuestro mundo que nos hace sentirnos creadores y gente selecta, demiurgos de una sociedad de bienestar sin diferencia de clases. Pero las hay y bien a las claras, a pesar de los colores, músicas, telones, maquillajes y ambientes de sonrisas de artificio. No nos escandalicemos. También la música genera desigualdades y distancias, sobre todo la ópera, como la gran *orquesta* de la *Creación* dependiente del vértice del podio directorial.

Pero desde esta actitud radical, desde una “revolución imposible” como recuerda el filósofo F. Savater, nada podemos hacer. Mejor dicho: sí que podemos. En todos los puntos del Planeta hay seres humanos que nos invitan a irnos a vivir con ellos, porque necesitan del calor de la vida que nosotros disfrutamos en invierno abrigados por el confort de los 21 grados.

Y esta reflexión me lleva muy lejos, al mismo tiempo que enlaza con el acto que hoy celebramos en esta Academia. No voy a ocultar las dudas que muchos tenemos en relación con la distribución del dinero público. Pero no quiero ser tan ingenuo como para caer en la demagogia, aunque ahora mismo haya alguien que esté tiritando de frío debajo de un puente, o estrellándose contra el borde de algo porque no tiene quien le sostenga y cuide, o sufriendo el abandono del cuerpo y del alma porque no hay una mano que le lave o le bese. Si hay carencias graves en nuestra sociedad, y ¡vaya que si las hay!, deberíamos hacernos algunas preguntas. Hoy me limitaré a la cuestión más tangencial y más cercana a mi intervención: ¿Es necesario que en Andalucía existan cinco orquestas pagadas con dinero público? No soy el primero que se hace esta pregunta. Debido a la crisis económica de los últimos años, más de un político se lo ha planteado y

pienso que de manera lógica y en algunos casos, rigurosa. ¿Por qué en lugar de cinco, no cuatro? ¿Y en lugar de cuatro, tres o dos? ¿Y en lugar de dos, una o ninguna? No vendrían mal los dos mil quinientos millones que cuestan a la Administración estas orquestas para arreglar tanta *casa* en abandono. Se podría invertir en educación básica y dedicar un capítulo sobrio para itinerar conjuntos instrumentales de otros lugares, primar el *amateurismo* e impulsar las sociedades de conciertos y filarmónicas dieciochescas y decimonónicas para calmar el hambre de placer de la élite de los lujos que curiosamente hace culto al despilfarro en restaurantes, playas, viajes, compra de vehículos, mientras el Sida, el Alzheimer y otros *regalos* de nuestro siglo esperan inyecciones económicas para atender a los desesperados y avanzar en la fe contra toda esperanza de las hoy curaciones imposibles. Alguien me podría apuntar: “¿Y de la administración de nuestros dineros no dice nada?”. Otros, más experimentados y curtidos en la experiencia del día a día, de vuelta de batallas de la guerra de la Utopía, quizá me dirían: “peor es meneallo”. Ante la llamada de atención de algún “quijote” aquí presente, cualquier Maese Pedro me podría reconvenir con “...sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles”.

Hay un relato en la Biblia que llama mi atención cuando lo recuerdo y quisiera traerlo a colación por su especial interés. Nos narra que una mujer de Betania derramó sobre la cabeza de Cristo un costoso unguento ante el enojo de sus discípulos que murmuraban y se decían: “¿A qué viene este derroche? Se podría haber vendido a gran precio y dárselo a los pobres”. Pero el Maestro les recriminó diciéndoles: “Ha hecho obra buena. Porque pobres los tendréis en todo tiempo con vosotros. A mí no siempre me tendréis”. Pobres los tendréis siempre con vosotros: frase realista y alejada de la

revolución. Desde esta sentencia tal vez se puedan entender muchas decisiones y también ciertas reacciones de seres profundamente creyentes en Dios o en otros principios.

Este comentario, que ha sido dicho de muchas maneras desde que existe sensibilidad social, me conturba y me inquieta. Puede sonar a revolucionario trasnochado, a pasado de moda, pero es una realidad que en nuestro mundo sonoro existen desafines y disonancias. No podemos pararnos; pero tal vez sí aminorar la velocidad o reconsiderar lo del *plato único*, de verdad y no falseado, de épocas no recomendables para el recuerdo. Sin embargo hay gente que desde su congruencia rompe con los lazos del señuelo del lujo y se va a vivir con los que nunca sabrán lo que es nuestro aparente paraíso de consumo y de bienestar, que tiene como objetivo principal ganar más como sea y a costa de lo que sea, principios incluidos. Y de esto, ¡qué pocos están libres!

No. No voy a hacer la pregunta, que tal vez alguien espere, sobre el costo social de la Orquesta Ciudad de Granada. Nos llevaría mucho tiempo y exigiría una tribuna distinta. Prefiero que cada uno medite y extraiga sus propias conclusiones dentro de un contexto, y desnudos ante la verdad.

Corren malos tiempos para *la lírica* a pesar de las resurrecciones de espacios y degustaciones de los añorantes ajos y puerros del *Egipto* musical. Las orquestas en muchos puntos de Europa y también de EE.UU. se tambalean y hasta desaparecen. Los teatros de ópera amplían el marco de sus actividades. Pero hablamos de mundos de abundancia de música y no precisamente nos referimos a los nuestros, de estrecheces. Ahora creo que nos merecemos el goce de un cierto esplendor aunque llegue con retraso secular.

Granada, además de ciudad histórica y cultural, habiendo sido consagrado su rango en los Estatutos de nuestra Comunidad autónoma, es o lleva tiempo pretendiendo ser

símbolo de la Música, y no debe alimentarse de continuas frustraciones. Ya sabemos que aquí habita un cierto derrotismo o un derrotismo cierto, pero es clara su causa, y por sabida no la comento. Por ello no ha de titubear la mano a ningún político a la hora de redefinir y dotar a la ciudad de atributos que le son propios ya que la “revolución imposible”, mi predilecta, “la piensan los revolucionarios que se mienten porque saben que la realización de la misma los mandaría al destierro de la desdicha, privándoles de la razón de su existencia”, como argumenta Simone Weil. Por otro lado, al no alcanzarse, siempre nos tiene en tensión como a Tántalo pensando en el eterno advenimiento, en la delirante expectación, en el esperar contra toda esperanza, viviendo y sufriendo el juego de alejarse la fruta cuanto más nos acercamos a ella, y acercándose cuando nos alejamos. Esa es la vida. En el momento en que las yemas de nuestros dedos rocen la fruta, será nuestro definitivo adiós.

Cuando Granada deba presentar su currículum ante los altos tribunales de la Europa culta de la mano de los signos universales de la Alhambra y del Generalife, del Albayzín y de la Sierra, de las bellezas monumentales, y acompañado de la poesía de Soto de Rojas y de García Lorca, de la arquitectura de Machuca y de Cano, de los sones de Luys de Narváez y de Manuel de Falla, de la pintura de Cano y de Bocanegra, o de la escultura de Mora y de Rojas, no podremos mancillar nuestro “puerto natural de estrellas” mostrando un papel aferrado al pasado y con un presente que solo quepa en el tiesto de una maceta. Granada ha de seguir tallando la piedra cultural del ahora para poder dejar a la posteridad un legado en consonancia con el que disfrutamos, y no vivir como un parásito de la vida y obra de nuestros más preclaros antepasados. Para ello es necesario que siga siendo ciudad de encuentros porque por éstos se

ha enriquecido y ha mantenido rescoldos valiosos para los momentos de frío cultural, habiendo dado calor a tantos que han venido en busca de lo que muchos personajes ilustres sembraron y dejaron en Granada. ¿Por qué tantos viajeros, escritores, músicos y poetas hablando de Granada? ¿Por qué viene Falla a Granada? Cervantes nos lo explica: “Y vuesa merced ¿dónde camina? Yo, señor –respondió el caballero– voy a Granada, que es mi patria. ¡Y buena patria! –replicó Don Quijote”.

Las fronteras conducen a la mediocridad, al autoritarismo, a la pérdida de la libertad, al empobrecimiento y a la insolidaridad cultural y vital. Todas las fronteras, aunque sean tan discretas y solapadas como las que se propulsan en algunas autonomías. Porque, a ver si ya nos enteramos de una vez que no se es de donde se nace, sino de donde se hace. Se es de donde se suda, se trabaja, y se sueña y se ama y se crea. Las comparaciones y los intercambios sirven para medirnos. En nuestra ciudad hay tentaciones de fronteras –lo hemos leído muy a nuestro pesar en algunos escritos–, se aman las murallas y flota en el ambiente el peor espíritu del cortijerismo andaluz. Y lo que es peor: falta el valor para alzar la voz y manifestarse en contra de todo lo que agrede los cimientos de la inteligencia y de la razón. Como también quiero llamar la atención sobre el grave asunto de las Humanidades, recuerdo a Terencio cuando escribe: “*Veritas odium parit*”. Ya saben ustedes que la verdad suele acarrear enemistad. Algo similar leemos en La Celestina: “Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades”.

El “qué dirán”, muy propio de una sociedad que le gusta hablar a escondidas y que oficialmente mantiene una actitud de hueras cortesías, impide que a veces se diga lo que se siente por temor a los malentendidos. Detrás de un elogio es difícil que no aparezca la sospecha alimentada por alguien

que piensa que algo quiere el que lo propicia, olvidando que cuando tenemos necesidad de recomendaciones y nos avergüenza dar la cara, enviamos al amigo o al representante, escena habitual en la obra de teatro de cada día. Nos cuesta trabajo acostumbrarnos a decir lo que pensamos –¿por pudor?, ¿por falta de valor?–, sin groserías y con los respetos debidos, sin ofensas generalizadas, por guardar finas apariencias plenas de equilibrios, o mantenernos alejados de la arriesgada frontera del compromiso. En las críticas severas o injustas, el teléfono no deja de sonar para recordarnos que hay que estar para las duras y para las maduras. En los reconocimientos –las maduras–, la sospecha y la nube del favor genera silencio distante. Un silencio de conjura y de connivencia. Hasta puede ocurrir, y ha ocurrido, hagamos memoria, que nos encontremos con escritos firmados por gente que a tenor del contenido parece que su razón tiene un ojo tapado como el de aquel tristemente célebre que en el corazón de la Salamanca del 36 gritara a pleno pulmón: “muera la inteligencia”, estrellándose contra la cabeza del rector Unamuno.

Cuando se inauguró el Auditorio Manuel de Falla en 1978, pronto hará los veinte años, gran parte de los granadinos soñaban con un Centro Cultural que fuera el eje musical de la ciudad, el gran propulsor de ideas creativas, y sobre todo lugar para el recuerdo de Manuel de Falla. Por tal razón se construyó allí arriba, buscando la cercanía del Carmen del Ave María. Se pensó en un santuario donde llevar todas las músicas de Falla para que se sintieran a gusto, en un espacio de serenidad blanca, diáfano y simple, al lado de la casita modesta de nuestro queridísimo músico, próxima a la mística sanjuanesca y contigua a las huellas del mítico convento, en la acrópolis, donde vive la memoria más universal de Granada.

El Auditorio, al venir al mundo, reclamó en su primer llanto ser un Centro Cultural de primera línea. Por tal razón se albergaron en él los Cursos Internacionales Manuel de Falla, creados y prestigiados por el músico Antonio Iglesias, y que hasta entonces se desarrollaban en lugares propios de la mejor ensoñación granadina, estrenando unas maravillosas aulas que tan grata impresión causaban a los que peregrinaban a Granada en busca de aprendizaje y de bellezas, como alumnos o como maestros. Eran el gran complemento de un Festival memorable visto desde la añoranza y carestía de aquellos años. El Centro Cultural fue pensado para ser sede del legado de Manuel de Falla, escuela internacional de música, sala de conciertos y de exposiciones, lugar de encuentros, debates y reuniones: una casa viva de la Música y de las Artes y un mirador cénico preñado de ilustración y de seducciones.

Los conciertos del Aula Magna de la Facultad de Medicina, los más prestigiados, los que venían diseñados por la Cátedra Manuel de Falla, comenzaron a organizarse allí, así como otros que se desarrollaban en el añejo Centro Artístico, de tan fecunda y grata memoria musical. Lentamente fue calando el nuevo espacio eufónico en la conciencia de los granadinos. Con el nombramiento del director se impulsó una programación estable. Pasados algunos años, en 1990, se insufló el rojizo barro y se creó el *alma mater* y comenzó a correr por sus venas una sangre propia, purificada con los aires más limpios de la Sierra. Tuvimos por fin un instrumento nuestro, adelantándonos a muchas otras ciudades y comunidades. El Auditorio ya poseía *alma* y con ella Granada se quitaba la dolorosa espina de no haber podido ofrecer a Falla mientras vivió aquí una orquesta para oír su música con solvencia y rigor.

La creación de la Orquesta significó uno de los momentos estelares de la cultura de Granada, siendo amadrinada

por S.M. la Reina de España quien ostenta desde entonces la Presidencia de Honor. Al año de su existencia, el Ayuntamiento decidió replantear su formación, transformándola en una configuración clásica abriendo con tal decisión otras posibilidades, sobre todo con el claro objetivo de poder acceder a la música del maestro de la Antequeruela, convirtiéndose en un pilar fundamental junto con el legado instalado en el edificio adosado a dicho Centro. Hace pocos años recibía con gozo el órgano, previsto por el arquitecto García de Paredes desde el trazado de la primera línea del plano, transformándose el Centro Cultural en modelo perfecto para poder diseñar una envidiable temporada de música.

Pero los planteamientos musicales y culturales han dado un giro copernicano en España. Ahora, el que no corre, vuela: hay centros ejemplares que son referencia en Europa. El nivel de calidad ha subido mucho, y al mismo tiempo existe saturación. El hambre de música ante tanta y diversa oferta, en algunos momentos llega a convertirse en solo apetito. De otra parte, ya no sirve el diseño de un Centro como se construyó en su día. Ahora se construiría pensando en las necesidades actuales, incluido el escenario que protesta cuando participan coros numerosos con una plantilla orquestal generosa. Esperemos a la edificación del espacio escénico que Granada necesita para poder programar con dignidad la música en todas sus manifestaciones, sobre todo el ballet y la ópera.

Sin embargo, lo que debería de funcionar en armonía, paz y entendimiento, transmite en su andadura chirridos que en cierta medida provocan alarma en un sector del mundo melófilo granadino y también social. Se dice que por mor de la economía –por falta de dineros– hay estridencias. Pero existen más causas que se han ido apuntando en la crisis que sufrimos desde hace tiempo, como el protagonismo y las

prioridades. Ahora hay en el Auditorio dos programaciones paralelas que discrepan entre sí por falta de coordinación y de entendimiento, a pesar de que ambas Fundaciones, la del Centro Cultural y la de la Orquesta, están presididas por el señor Alcalde. Este contencioso ha conducido al disparate de lanzar la peregrina idea de sacar del Auditorio a la Orquesta para poder rentabilizarlo mejor, al eliminar los gastos ocasionados por los ensayos de la misma, y así poder llevar a cabo más actividades, sin incrementar los presupuestos. Pero esto no cuadra. Así se comentó en un debate celebrado hace unos días en el que participaron las personas más implicadas en este asunto de tanto interés para la vida musical de nuestra ciudad. Con tales argumentos y otros que no es menester comentar, se ha creado un preocupante ambiente que en nada favorece a los intereses artísticos y culturales de la ciudad. Producen sonrojo y vergüenza algunos comentarios dichos en una atmósfera de ecos de capitalidad cultural, de sensibilidades y exquisiteces. Uno piensa que si ahora tiene sentido el Auditorio es por la Orquesta, que debe encontrarse en éste como en su casa natural y ha de vertebrar la programación del Centro porque de ese modo será todo más rentable, más justo y más propio. Al ser asunto suficientemente conocido, no es necesario citar ejemplos de muchos auditorios que asientan su política musical en su instrumento base y alrededor de él diseñan y construyen los ciclos y demás actividades.

Parece que no hay dineros, y a la orquesta no le salen las cuentas de fin de mes. Pero si la Consejería de Cultura de la Junta, con acierto, presenta una oferta prudente y sensata, yo así lo creo y también otros ciudadanos, para ayudar a hacer más liviana la carga del Centro Cultural y al mismo tiempo rentabilizar los conciertos que se contratan con el fin de realizar giras por nuestra comunidad, y no obtiene facilidad

des, o eso parece –me limito a hablar como un lector de periódicos–, uno no sabe qué cavilar. Esto ha de tener una solución que satisfaga a todos y beneficie a Granada.

Y para que se vea con más claridad, es imprescindible que nos olvidemos de nombres y pensemos exclusivamente en realidades. No está muy lejos el debate sobre el Consorcio que, de tratarse de otra manera, estaría hoy dando los frutos que prometía. Pero se comenzó por el tejado. Uno está convencido de que el Centro Cultural Manuel de Falla, desde su limitada asignación económica, puede ser un foco sustancial de atención porque hay muchas posibilidades rondando en el ambiente. La imaginación, el trabajo coordinado, la colaboración con instituciones que programan con alto nivel y también la comprensión y puesta al día de la gente que debe amar la música por sí misma y no por sus apellidos, son argumentos a tener en cuenta.

Existe en la calle una preocupación razonable por el futuro de la Orquesta Ciudad de Granada, demasiado politizada y continuamente apresada en la telaraña de la crisis económica, de la identidad, de la duda, a pesar de que pasee por muchos lugares del mundo culto y con grandísimo prestigio el nombre de Granada y sea punto de referencia de la ciudad. Y hay gente que siente vergüenza ajena por lo que está pasando. Vivamos a la altura de los grandes nombres de esta ciudad, nombres que se usan como arma de poder para adornar discursos y que son de gran utilidad para llenarse la boca de ellos cuando convienen a las circunstancias.

Como decía antes, hace pocos días leíamos con asombro la decisión de la Alcaldía de sacar la Orquesta del Auditorio con razonamientos que muchos no veíamos ni siquiera razonables. Si se hubieran cumplido los pronósticos, bastantes granadinos nos hubiéramos sentido echados de nuestra propia casa. Ése era mi sentimiento. Y entonces habríamos

tenido que recordar las espaldas que le diera Granada al músico al que se aferran tantos cuando quieren presumir de un pretérito imperfecto, porque tienen miedo de aceptar el perfecto: el del músico que con el 'Concerto' y 'El Retablo' reconquistara para España un primer puesto en la historia universal de la música. ¿Tendremos que recordar las colas de granadinos que fueron a despedir al maestro de la Antequeruela a la Estación de la Avenida de los Andaluces aquella tarde del 28 de septiembre de 1939, una de las tardes más tristes que Granada haya tenido? –Estarían durmiendo la siesta como sucede hoy en tantos asuntos–. Se marchó casi solo, como el caballero derrotado de León Felipe, camino de Barcelona en busca de aventuras allende los mares, envuelto en el polvo del camino de la Antequeruela. Hermenegildo Lanz nos lo dejó bellamente escrito con palabras que aún hoy cuando se leen rasgan imperceptiblemente el corazón mientras por la emoción se empañan los cristales de nuestros ojos. Y de camino habrá que recordar a aquel concejal de la República, ignoro de qué signo político, que cuando le llegaron las quejas de Falla por los ruidos del Campo del Príncipe, solucionara el problema con el contundente "Si no le gusta, que se vaya". ¡Lo mismo que Italia hiciera con el maestro Verdi en su agonía!, que procuraba que no le molestaran los ruidos de los coches de caballos.

Es de justicia reconocer el cambio de la Orquesta desde que inició su peregrinar. Bien seleccionada por su primera batuta, el maestro Udaeta, con el actual director, el maestro Pons, consigue unos vuelos que aunque se intuían, tal vez muy pocos podían sospechar la altura de los mismos. Cuando llega a Granada "*compos sui*", dice que quiere "formar una orquesta realmente nueva que ocupe un lugar destacado en el panorama estatal, de modo que se le pueda dar una próxima inyección internacional". Sus arcos hoy están en

tensión justa para que la flecha de la música se clave en el centro de la diana del corazón del arte. Lo ha demostrado ya y ha convencido y ha sido reconocida más allá de nuestras fronteras. Le queda mucho por hacer, es verdad. Ellos lo saben y lo sabe su director.

La mediocridad ha hecho verter juicios sobre la OCG y su director que hacen sonrojar a propios y extraños, aunque sepamos de la debilidad del ser humano. En Granada la OCG lleva demasiado tiempo siendo noticia de no entendimiento, de enfrentamientos y desasosiegos, ofreciéndose a la opinión pública una pésima imagen. No es de extrañar que el maestro Salvador Más dijera en una entrevista que la Orquesta es “tolerada en su ciudad pero no querida”. No existe mejor definición de la situación que vivimos. ¿Es posible que cueste tanto ser generosos? No hay la generosidad suficiente para doblar la cerviz y sentirse felices ante los éxitos obtenidos muy lejos de nuestra ciudad. ¿Se han molestado muchos en leer lo que se ha escrito en ‘Le Monde de la Musique’ del pasado mes de septiembre, a raíz de la concesión del Premio CHOC por la grabación de ‘El sombrero de tres picos’ y de ‘Noches en los jardines de España’ de Falla?: *“le chef confirme sa totale identification avec l’univers de Falla. (...) “D’une partition comme ‘Le Tricorne’ dont nombre de chefs, et non des moindres, n’ont pas su trouver la spécificité, Pons réussit une lecture admirable. Moins radicale que la vision décapante y quasi bartokienne de Boulez (Sony), celle de Pons affiche le même souci de clarté (dans aucun autre enregistrement on n’entend aussi bien le piano!) et de justesse rythmique. Il lui manque, certes, la poésie et l’humour qu’Eduard Toldrà (EMI) savait tirer de la partition. Mais c’est là le seul reproche que l’on puisse faire à cette lecture où se mêlent finesse du trait et accents d’une sauvagerie toute stravinskienne. Dans ‘Nuits dans les jardins d’Espagne’, l’équilibre entre un soliste que ne cède jamais à la tentation de la virtuosité et un orchestre aux accents debussystes*

donne la plus belle version parue depuis longtemps” (Pablo Galonce) –pero no nos podemos alegrar porque le falta poesía y humor *toldranianos*–.

En ‘Télérama’ de octubre del presente año, Premio “*Un événement FFFF-Télérama*”, al final del comentario, Xavier Lacavalerie dice de Pons que “*s’affirme, de disque en disque, comme le grand chef qui réveille son pays de sa torpeur musicale*”.

La OCG, embajadora con pleno derecho de una de las ciudades más bellas de Europa, como es Granada, está dando pasos de gigante con el claro fin de hacerse presente en el mundo internacional de la música. Porque la Orquesta Ciudad de Granada es ya viga maestra de la arquitectura cultural y artística de nuestra ciudad. La Orquesta es un conjunto comprometido con nuestro presente por su programación, sensible a la obra que se hace hoy, pues los creadores de hoy serán los clásicos del mañana. Nuestra Orquesta, con sentido renovador en su programación, solidaria con las ONGs, es un instrumento educativo, una delegada musical en el mundo que hace sonar a Granada en muchos idiomas; atenta al Jazz, al cine, al 0,7, a RNE, con sabor a pasteles, sensible a los barrios, a los niños y a los ambientes de las noches de Granada, y que abraza una esperanza en su 78% de espectadores por concierto. Sus recientes éxitos en Suiza e Italia, o en Canadá por el último disco, hace albergar esperanzas en el futuro que le depara, cuando aún no se han apagado los ecos de la interpretación de una conmovedora y revolucionaria ‘Novena’ de Beethoven en el Palacio de Carlos V junto con el Orfeón Donostiarra.

Pero no olvidemos que vino el señor Pons con una música orquestada con cobres y metales furibundos, como los del ‘*Dies irae*’ de Berlioz; eso sí, mal orquestados y asordados, aunque las maderas se enlazaran con la cuerda en ciertas elegancias sutiles a pesar de las descaradas sonoridades nacio-

nalistas, y sin disimular la orquestación de apariencias fanáticas, algunas veces con técnicas impresionistas, lejos del colorido de nuestra peculiar manera de tratar las familias de la orquesta, de carácter hospitalario. Pero se olvidaban que su apellido sería el lema de su trabajo. “*Pons-pontis*”: puente para comunicar y convencer, para acercar y unir y para superar todos los torrentes del desorden que intenten impedir que su tropa llegue con la fuerza de su música al destino elegido.

Lo había visto dirigir hacía algunos años en el Centro Cultural Manuel de Falla, en un concierto del Festival Internacional, siendo directora Maricarmen Palma, y dió la sensación de ser un músico con futuro. Venía avalado por la seriedad de su trabajo, por su experiencia como director-fundador de la Orquesta de Cámara del Teatre Lliure de Barcelona, sobre todo. En aquel entonces nadie se imaginaba que una parte de su vida estaría unida por un tiempo a nuestra ciudad.

Pero la talla temperamental y artística la fue dando a conocer en varias entrevistas de las que públicamente ya me hice eco en su día, demostrando una personalidad que estimo imprescindible para ejercer la titularidad de un conjunto de la índole del nuestro.

No pocos son los que se hacen eco del arrojo, valentía y coherencia de la programación propuesta por Josep Pons y su equipo, y que tanto asombro genera en otros lugares al considerarla novedosa y renovadora. Se reconocen méritos; verdad es. Y también se critica, obviamente, y desde el lado del doble lenguaje se dice que hay que llenar, pues sin lleno, no hay éxito –rentabilidad inmediata, la cosecha de hoy para mañana, el trigo a las dos semanas de sembrado, llueva o no llueva–. He ahí el modelo, como si este tipo de siembras pudiese someterse a las normas de las estaciones. Pero la crítica negativa va aún más lejos: por prestar demasiada atención

a la creación actual, como si eso fuera criticable y se pudiese zarandear un proyecto que es valorado muy positivamente por la opinión especializada. Afortunadamente, nadie con un mínimo de sensibilidad duda ya de que nuestro conjunto está llamado a ser instrumento privilegiado, vehículo deseado de la música.

Pons usa el podio lo imprescindible, y con su actitud tan discreta nos hace a los demás más divos. Cuando aún no habíamos sido presentados, me llenaba de satisfacción ver su imagen por tiendas de discos con la batuta entre los ojos enviando claros mensajes de orden y optimismo y, como dijera su maestro Ros Marbá, de disciplina prusiana. Su formación montserratina, con música de voces y polifonías y actitud austera y sencilla es un buen ejemplo. Ya hay muchos conversos que siguen con interés el recorrido de su batuta, ahora más, cuando ha descubierto la sabiduría del pueblo granadino. Por tal razón un periodista de una ciudad andaluza se puso el lazo amarillo de la solidaridad y gritó: “¡Necesitamos más Pons!”.

¿No es llegado el momento de decir con argumentos y desde la sinceridad qué presente y qué futuro le espera a Granada en el campo de la cultura, pilar donde se asienta gran parte de su porvenir? Nuestra Orquesta tiene mucho que ver con dicho futuro. No obstante conviene recordar aquello que A. Machado escribiera: “La cultura debe ser para todos, debe llegar a todos; pero antes de propagarla, será preciso hacerla. No pretendamos que el vaso rebose antes de llenarse”. Vamos a exigirla para hacerla entre todos.

Parte de esta medalla le corresponde a Enrique Gámez –también le dijeron que se fuera por no haber venido al mundo aquí– que ha sabido enamorarse de la ciudad y hacerla suya en lo más noble y elevado. Una de las definiciones más bonitas que se han hecho sobre la amistad es ésta: “Cien-

cia de los hombres libres”. Camus fue quien lo dijo. Cuando se sale públicamente a hablar bien de alguien con el que existen unos lazos de amistad, la sospecha entra sin ser llamada como una sutil mancha de aceite porque está prohibido so pretexto de elegancias manifestar afectos y adhesiones a gente amiga: “adhesiones de amiguetes”, se dirá. ¿Quién no ha visto a este hombre deambular de acá para allá *pidiendo* como el *pobretico* fray Leopoldo con la desesperación en su alma ante las puertas del fin de mes mientras colegas suyos vecinos vivían sin estrecheces, algunos cerca de la abundancia, al mismo tiempo que por su cabeza le rondaban proyectos, le subía la fiebre, y tocada su respiración se aferraba al cigarro como sedante y se escondía tras la cortina de humo para no ver lo que no quería ver? Cuando vino a contarme sus cuítas, ya derrotado, pero con una firmeza tierna, y me comunicó su decisión de abandonar la nave de la Orquesta, le dije muy bajito y casi sin que me oyera: “No olvides echar en la mochila del paro el afecto de los que de verdad te quieren”.

Y parte también le corresponde a tanta gente que se ha volcado con este proyecto que será realidad con el tiempo (dicho tiempo no tiene nada que ver con el de la política; para este tiempo los minutos son horas y las horas días), gloria de una ciudad culta, aunque cueste trabajo creerlo.

En cierto sentido se ha perdido el juicio sereno y crítico: “Nuestra época ha destruido la jerarquía interior. ¿Cómo va a dejar que subsista la jerarquía social, que no es más que una imagen grosera de aquella?”, dijo S. Weil y podemos decir hoy nosotros con ella. El insulto es nuestra gran arma, nuestra victoria, nuestro poder, hijo de la sinrazón. Aireamos la cuchufleta y los *ingeniosos* recursos de una pobreza de pensamiento y de obra que genera la veneración de un círculo que quiere liderar el camino de un pueblo que como todos y

como siempre está pasando el desierto de su vida y va camino de la tierra prometida de su propia felicidad reflejada en un confín pleno de sinceridades, elocuencias, voluntades generosas, delicadezas. Todo este desorden provoca desajustes, desproporción, desenfoque y desaciertos que quedan plasmados en las situaciones comentadas. En cualquier momento alguien puede decir impunemente en un medio de comunicación que un actor puede escribir una sinfonía o que uno es un potencial asesino de García Lorca. Y es que existe también descontrol en los medios de comunicación, y se admiten zafiedades al socario de la libertad de expresión.

Se ha presumido de apoyo a la orquesta, de muchas firmas, y quizá sea hora de tomar la decisión de subir al Auditorio y llenarlo como el pasado día 30.

Ya es tiempo de dejar de tomar el nombre de Granada en vano. Me permito una licencia, señor Presidente, para decir que yo estoy con todas las consecuencias con los que apuestan por la cultura de la razón y de la libertad de pensamiento; con los que apoyan la luz y la ventilación de las cavernas; con los que desde una estética singular hacen al ciudadano creer cada día que amanece y sentirse feliz en una sociedad derrotada pero con deseos de vencer convenciendo. Granada necesita un baño de ilustración, un abrazo de la razón, unas maneras de sensibilidad para que no ahogemos a los ruiseñores cuando vayamos a cogerlos porque las manos no sepan mantener la distancia justa para no reventarles el corazón. Rindamos culto a la Razón y a la Ilustración de las que nacerán el respeto que marca las distancias de la propia libertad. Respondamos de una vez y para siempre a todas las esfinges del camino que nos asaltan con sus caprichosas preguntas e interrogantes.

La Orquesta Ciudad de Granada cuenta con un auditorio inmenso y envidiable. Se fueron los ruiseñores con los

árboles condenados, se borraron paisajes para siempre con el bruto pincel de la especulación y del mal gusto, se borrarán muchas cosas en Granada. El aire, el sonido del agua, las montañas, sus perfumes y su cielo nadie lo borrará jamás como creo que nadie podrá ahogar las voces de los instrumentos de la Orquesta que hace memoria justa, exacta y sustancial de la mejor esencia musical de nuestro peregrino Falla que quiso venirse aquí buscando la luz de la música, el oro del silencio y del tiempo –creo que se lo llevó él todo al marcharse, por eso se fue, ¡con la falta que nos está haciendo!– dándonos a cambio, y hoy me tomo la licencia de rectificar a Juan Ramón, armonías eternas gracias a las que Granada queda prendida en el pecho de tantos corazones del mundo.

La Orquesta Ciudad de Granada ha entrado definitivamente en miles de corazones de Granada y de Europa. La Orquesta Ciudad de Granada vive en muchos de nosotros. La Orquesta Ciudad de Granada tiene el privilegio de generar asombro y respeto. A la Orquesta Ciudad de Granada no le va a faltar un lugar inmenso de justas resonancias y silencios para poder oírse antes de salir a escena. Los timbales de nuestros corazones con seguridad la acompañarán como esos otros de los barcos de antaño que servían para animar a los remeros.

La Academia de Bellas Artes, generosa, sensible e hija de la Ilustración se enorgullece entregando esta Medalla de Honor y con ella todo un aval de apoyos, al mismo tiempo que recuerda con emoción que Manuel de Falla formara parte de esta docta casa como Numerario. Si Falla estuviera hoy con nosotros, ¿se imaginan la cara de satisfacción que tendría sobre todo después de haber oído hace pocos días una soberbia interpretación de su ‘Vida breve’, una *“vita brevis”* que nos habla de una *“Ars longa”*? ¡Qué música oímos,

qué seguridad y dominio, qué juventud, qué limpieza de lectura y qué calor más intenso y sincero percibimos en el Auditorio envuelto en un ambiente de la Granada más hermosa que mente privilegiada pudiera soñar. Esa Granada parecida a la España que existía en la imaginación de Max Aub cuando volviera a ver en 1969, según nos lo cuenta Prats Rivelles como “una idea, mezcla de nostalgias e ilusiones, un ente abstracto y quizá, por ello, más real e irrealizable”. Fue una apuesta por la trascendencia.

Cuando iba camino de casa me decía con G. Steiner: “Sin las verdades de la música, ¿cuál sería nuestro déficit de espíritu al caer la tarde?”. Un instrumento que es capaz de producir ese sonido de alas tan robustas y delicadas, no caerá nunca.

A las puertas de los centenarios de Ganivet y García Lorca (dos músicos al fin), no dañemos más la imagen de nuestra ciudad. Es un ruego que hace la sensibilidad de Granada. La Orquesta Ciudad de Granada no se merece tanto sobresalto. Dejémosla trabajar en su casa, en esa casa fantástica para que los músicos puedan enhebrar los armónicos y dibujar con precisión los inaudibles pianos, y esculpir formas, mientras las grandes farolas, como misteriosos giróvagos nos hipnotizan dejándonos sin respiración. Y también para que Falla pueda oír la orquesta desde su pequeño carmen. Tengamos piedad de él. Ya está muy viejo. Maestro Josep Pons, señoras y señores profesores de la Orquesta: *Volti súbito!* ¡Pasemos rápidamente la hoja de esta fea partitura! Es un ardiente y esperanzado deseo.

En este otoño granadino de fantasía romántica, en el que los amarillos de Elena nos ahogan y nos invitan a recogerlos, sentimos como le dijera García Lorca a Manuel Angeles “amargura dorada en el paisaje”. Confíemos en que nunca nadie se atreva arrancar del Auditorio el alma de Fa-

lla, llevándose con ella jirones del alma de muchos músicos, entre los que modestamente me encuentro.

Señoras y señores profesores de la Orquesta Ciudad de Granada: este acto quiere simbolizar el apoyo de una Corporación que también navega por los mares de la incompreensión. La Academia hace solamente justicia y premia porque es su obligación. Ustedes son un ejemplo incontestable. Podemos aceptar que somos mendigos pero no pobres en agradecimientos, al decir de Shakespeare. Gracias por dignificar el nombre de Granada, la ciudad de Falla. Granada se ha hecho más cosmopolita desde vuestra venida. Gracias por vivir aquí y por soñar con nuestros paisajes y enriquecernos con vuestras experiencias. Gracias por apostar por esta ciudad tan fantástica. Gracias por dignificar la música que, como escribiera Manuel Orozco en su Carta XXXIII a Angel Ganivet, “es sobre todas las artes una parcela casi sobrenatural del alma y ella nos da la medida de la superioridad de quienes la sienten y la aman”. Gracias por la labor desarrollada en esta ciudad que tantos amores despierta. Gracias por todos los ratos que ustedes nos han hecho disfrutar. Seguro que Granada no será vuestra cruz y sí vuestra gloria. La estamos presintiendo y somos legión los que creemos en ella. Ojalá que algún día un viajero y escritor como Stendhal pueda escribir a un amigo que se interese por alguna celebridad musical de Granada lo mismo que él le comentara de la a pesar de todo conservadora Viena de 1808: “pero de lo que sí estamos seguros vos y yo es de que no podría hallarse ambiente más favorable a la música”.

Señor Presidente de la Fundación Granada para la Música; señoras y señores patronos; señor director; señoras y señores profesores; señoras y señores de la Administración de la Orquesta Ciudad de Granada: nuestra más sincera en-

horabuena. Esta Real Academia de Bellas Artes al hacer entrega de su Medalla de Honor espera con ansias e ilusión la realidad irreversible de una Orquesta de Granada para el mundo.

Muchas gracias.

DOCUMENTOS DE LA FUNDACIÓN CAJA DE GRANADA

Títulos publicados:

- "1 El mito de Don Quijote. FRANCISCO AYALA.
- "2 Granada, una ciudad musical. TOMÁS MARCO.
- "3 Las posibilidades económicas de nuestros nietos. JOHN MAYNARD KEYNES.
- "4 Recuerdo del Teatro Universitario La Barraca. JACINTO HIGUERAS CÁTEDRA.
- "5 Literatura y Mestizaje. JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD.
- "6 El Laberinto de la Estética. EUGENIO TRÍAS.





FUNDACIÓN
CAJA de GRANADA